

HISTORIA DE HOLANDA

I

PRIMEROS TIEMPOS

El gran río de la Europa occidental, que nace en el lago de Constanza, y cuyas aguas van á perderse, por mil canales, en el Océano Germánico, fué por espacio de siglos el verdadero camino del comercio y de la civilización occidental. Es límite también, por aquella parte, del imperio romano; y las ciudades, que protegidas de diques, comenzaron á levantarse en sus orillas, sirvieron de puntos avanzados á las guarniciones de la gran ciudad. Andando el tiempo, alcanzaron gran prosperidad estos pueblos ribereños, por la riqueza que les proporcionaba el comercio que hacian por su corriente.

Á medida que el Rhin se acerca á los confines del país, conocido ahora con el nombre de Holanda, se divide y se fracciona, y el curso de sus aguas, rápido en su nacimiento, se hace tardo y perezoso ¹. Como

¹ *Bicornis Rhenus*, ó el Rhin que se divide en dos brazos, como le llama Virgilio.

el delta del Rhin se halla formado por las tierras que éste arrastra durante su curso; decía Napoleón I, que, si la Holanda debía su existencia á materiales que el rio habia arrancado á posesiones imperiales, suyos eran los Países Bajos por derecho de restitución, como era suyo el rio y aquellos materiales. Podrá discutirse la lógica del Gran Capitán; pero sus teorías geológicas son indiscutibles. Holanda debe su existencia al Rhin ¹.

El resto de los Países Bajos, conocidos hoy con el nombre de Bélgica ², no están formados, tan evidentemente, de los arrastres de los grandes ríos: se hallan constituidos, en su mayor parte, por un fortísimo banco de arena, mar, acaso, en otros tiempos, de poco fondo. Los habitantes de Holanda pertenecen casi en absoluto, á la raza teutónica, como también los de la costa occidental de los Países Bajos. Los del distrito Sudoeste son de origen céltico. Ambas razas fueron conocidas con los nombres de Flamencos y de Walones.

¹ La comarca se llama *Nederland* ó Países Bajos, y en otro tiempo, como dice Augusto Schelen, «país de la parte inferior de la corriente». *Patria Bélgica*, III. «A uno de sus antiguos bosques, escribe Reclus, debe Holanda quizá, según algunos autores, su nombre de *Holland* (*Houtland*). Lubach. *Bulletin de la Société d'Antropologie*, 4.º vol., 1863. Esta designación, que parece tuvo su origen en el siglo XVI, no se aplicaba en un principio más que á la «tierra poblada de bosque», donde entonces se encontraba la ciudad de *Dordrecht*; pero á poco se extendió á las orillas del Mosa y luego á todas las partes de Frisia, de que se hicieron dueños sucesivamente los condes de Holanda; hoy ya no la llevan oficialmente más que dos de las provincias de Holanda. Por lo que hace al sentido de «tierra honda» (*hol land*), que se ha atribuido al nombre de Holanda, cuadraría perfectamente á la situación de esa región baja, amenazada incesantemente por las olas de la marea y por las crecidas de los ríos; pero no lo justifican los documentos históricos». *Nueva Geografía Universal*. Europa, t. III, p. 146. Madrid, EL PROGRESO EDITORIAL, 1892.

² La revolución de 1830 constituyó á Bélgica en reino distinto.

Al comenzar la historia de este pueblo, en los días que Julio César se ocupaba en dilatar los límites del imperio romano, más allá del Norte de la Galia y del Oeste de las tribus teutónicas, una gran parte de la Holanda moderna estaba formada por un extenso pantano cubierto de bosques impenetrables. El muro que iba levantando el rio y amparaba la tierra de las invasiones del mar, cedía á veces, y por las brechas, entraban furiosas las olas, anegándolo todo. Como el rio, en su continua labor, las reponía luego, los primeros pobladores, educados en las lecciones que les daba naturaleza, hicieron lo propio y disputaron sus hogares al Océano. La tierra encerrada entre los dos brazos principales del Rhin, se llamó Batavia, y Bátavos á sus habitantes.

Después de la conquista de las razas belgas, los Bátavos se aliaron á Roma, antes de la época de Julio César, permaneciendo siempre fieles hasta la ruina del imperio; con un solo intervalo: el de la insurrección de Claudio Civilis, bárbaro romanizado, que se propuso alcanzar la independencia de su raza. La rebelión se malogró pronto. Los Bátavos perdieron la fe, y desesperando del éxito, determinaron capitular abandonando á su jefe. Se ignora qué fué de Civilis. La narración de los cronistas se rompe de una manera brusca al llegar á este punto, y la figura del héroe queda envuelta en la nieblas de la historia ¹.

Ayudaron los Bátavos al emperador Juliano en

¹ Tácito, en el libro IV *De las Historias*, dice: «Civilis, de más astuto, industrioso y sagaz ingenio que suelen ser los bárbaros, y diciendo y publicando que era Sertorio ó Anibal, teniendo semejante fealdad de rostro que ellos...» peleó con bravura contra los ejércitos de Vespasiano. Civilis, al frente de los Bátavos, y la profetisa Veleda, recorriendo las filas de los sublevados, fueron por algún tiempo los héroes de la independencia nacional.

sus victorias contra los Germanos en Strasburgo (A. D. 357). Poco después desaparecieron de la historia, mezclados y confundidos con los Frisones, y acaso también con las tribus francas que bullian á orillas del Rhin. Los reyes francos, sin razón para ello, aparecieron luego como soberanos nominales de lo que ahora es Holanda. Uno de ellos llamado Dagoberto II, fundó la primera iglesia cristiana en Utrecht.

De la ciudad de Landen, en el Brabante, procedían los progenitores de Carlo Magno, cuyo bisabuelo empezó la conquista de los Frisones, completada por su abuelo. Por tanto, las dos primeras dinastías francesas fueron germanas, germano su lenguaje y su administración enteramente teutónica. La tercera dinastía, de origen más obscuro y que aun subsiste, es también teutónica, según algunos antiguos historiadores.

La Holanda moderna, cuyos habitantes bátavos se confundieron con los Frisones del extremo Nordeste del actual reino, es continuación de la Frisia ¹. El gran espacio, ahora conocido por Zuyder Zee, fué, en su origen, tierra, invadida en el siglo XIII por el Océano Germánico, que sepultó bajo sus aguas ciudades y villas. Los Bátavos y Frisones fueron sometidos por Carlo Magno; el cual, si respetó sus costumbres, les impuso obediencia á sus jefes. Como sus leyes declaraban que la raza sería libre hasta el fin del mundo, y ellos ponían en su independencia todo empeño, más de siete siglos después de la muerte de Carlo

¹ Al presente Holanda tiene por límites: al N. y O. el mar del Norte, al S. Bélgica y al E. Alemania (Prusia). Su población es de 4.000.000 de habitantes, con una extensión superficial de 32.900 kilómetros cuadrados.



PEQUEÑA ESTATUA DE BRONCE QUE REPRESENTA Á CARLOMAGNO.

Magno, aquellas mismas palabras fueron el grito de guerra de los patriotas holandeses.

Carlo Magno fundó su imperio sobre la base, de que no sólo los jefes de las diversas razas sometidas á su autoridad serian los delegados del monarca, sino de que las gobernarían conforme á sus propias tradiciones, usos y costumbres. Tendría el emperador la dirección y el mando supremo de las fuerzas militares, que los diversos estados ó razas pudiesen suministrar; y el diputado, duque ó conde, según se llamase, sería responsable, dentro de su jurisdicción, del tributo ó del ejército, ó de ambas cosas á la vez. Este sistema era posible en manos de un hombre enérgico, sagaz y de tan grandes condiciones como Carlo Magno; pero sus descendientes ó sucesores no heredaron su genio con la corona, y vinieron á demostrar, en corto espacio de tiempo, su incapacidad para el ejercicio del poder. Bastará decir, que en 75 años, los emperadores de esta dinastía se convirtieron en pequeños caudillos, siendo pronto sustituidos, en los dominios franceses, por la tercera dinastía. Lo mismo sucedió á los sucesores de Clodoveo de la primera dinastía.

La sucesión de los monarcas franceses y la de los emperadores germánicos comienza del mismo modo en la casa de Carlo Magno. Si los historiadores franceses hicieron caso omiso de los reyes de la primera dinastía, pues Luis I es hijo de Carlos, del mismo modo que los soberanos normandos ingleses, de los Eduardos de la raza de Egberto, ellos reconocieron por sus reyes á los Germanos que gobernaron nominalmente y á título de sucesores de Carlo Magno desde los Pirineos hasta el Ems, y desde el Océano Germánico hasta el Tiber. Por eso data el Sacro Romano Impe-

rio desde la coronación de Carlo Magno. Carlos el *Simple* (no debe olvidarse que los últimos emperadores de la dinastía carlovingia llevan sobrenombres despreciativos) reinaba en el año 922 sobre una parte del vasto imperio que existió cien años antes¹; esto es, en el lugar donde hoy se asientan Bélgica y Holanda. Aquel año, el rey *Simple*, según costumbre, nombró conde de Holanda á un Dirk; cuyos descendientes, dicho sea de paso, tomaron parte en la guerra de la independencia, poniéndose al lado de los patriotas. Como ya había sido reconocido en el imperio germánico Enrique el Pajarero, sucesor de Carlos, el Dirk fué desterrado y reducido á prisión en 925. Desde entonces los Países Bajos, flojamente unidos á lo que más tarde se llamó Francia, pasaron á formar parte del Sacro Imperio Romano. Ya se verá luego, lo vergonzoso del pacto.

Por mucho entró en la política de Carlo Magno dotar á los obispos frisones, sajones y de otras tribus germánicas, recientemente convertidas, con grandes bienes y atribuciones políticas. Previendo cuán difícil sería mantener sumisos y dependientes á los altos dignatarios del Imperio, una vez ricos y con cuantiosos bienes, puso sus ojos en el clero, ora porque los cargos de éstos eran electivos ó de nombramiento de la corona, y ora porque sus sucesores, no herederos, necesitaban para poseer cédula confirmatoria.

Este fué el origen de lo que se conoce en la historia con el nombre de obispados imperiales; los cuales, por espacio de cerca de mil años, fueron facto-

¹ No merecía Carlos el dictado de *Simple*, como lo ha demostrado el Sr. Borgnet, en una *Memoria* presentada á la Academia de Ciencias de Bruselas, año 1843.

res importantes en el gobierno del Imperio germánico.

Uno de estos principes obispos, fué el de Utrecht. Misioneros ingleses en particular habian predicado el cristianismo en toda la extensión del Rhin hasta el mar: Wilfrido, Willibrod' y Winfrid, conocido también por Bonifacio, fueron los apóstoles de Alemania y de los Países Bajos. El último de estos prelados, ocupó el obispado de Maguncia, y después el de Utrecht. Murió á manos de los frisones paganos en la pequeña ciudad de Dokkum (Frislandia), siendo venerado como un gran santo y protomártir de la Alemania católica ¹.

Por lo demás, la extensión del cristianismo en estos pueblos paganos, trajo consigo onerosos sacrificios políticos y pecuniarios á los convertidos. Viéronse despojados de gran parte de sus bienes para constituir con ellos el patrimonio de los nuevos obispos, y los derechos de la Iglesia, se exigieron de un modo inexorable; con lo cual quedaron enriquecidos los primeros prelados, perjudicados los propietarios y sujetos á esclavitud los pobres, pereciendo la mitad de los pobladores en guerras sucesivas que se promovieron por motivos de religión, y sometiéndose la otra mitad al clero, más por la fuerza que por la persuasión. Cuando las cosas llegaron á este punto, el obispo de Utrecht quedó por jefe espiritual, y en muchas partes, temporal, de la Frisia. Los obispos de los Países Bajos fueron siempre pocos; pero el

¹ Los Frisones recibieron el Evangelio, primero de San Eloy, y después del obispo anglo-sajón Wilfrido. El principal apóstol de Frisia, fué el sacerdote irlandés Willibrod, que cambió su nombre en el de *Clemente*. Winfrid, sacerdote también anglo-sajón, y más conocido con el nombre de *San Bonifacio*, merece ser llamado el apóstol de la Germania.

tirano Felipe II intentó aumentar su número, con fines políticos y para robustecer el poder de la Inquisición española. Conviene puntualizar y determinar este hecho; pues así se conocerá el carácter de la Iglesia de los Países Bajos, y la importancia de la lucha formidable que se empeñó más tarde.

Los grandes señores de aquel país, que luego constituirá las siete Provincias Unidas, y más tarde, la república de Holanda, con sus altos poderes los Estados generales, fueron en los primeros tiempos, el conde de Holanda y el obispo de Utrecht. En el resto del país hubo mayor número de señores; y los duques de Brabante y los condes de Flandes, eran los principales entre los muchos principes independientes que se enseñoreaban del territorio, conocido ahora con el nombre de Bélgica; los cuales tenían, entre otros privilegios, el de imponer tributos al pueblo sometido á su autoridad. El poder del Imperio germánico, al que nominalmente pertenecian, era nulo para ellos; que harto ocupado, débil y pobre se hallaba aquél, con sus propias disensiones intestinas y con sus prolongadas luchas con el Papa. Por otra parte, Francia tampoco podía refrenarlos; pues sus reyes estaban empeñados en la empresa de sujetar á su nobleza, turbulenta por extremo y casi independiente.

La aristocracia era entonces enemiga constante del gobierno, de la religión y de la industria. De aquí, que los reyes, representantes del gobierno; la Iglesia, representante de la religión; y la ciudad, representante de la industria, hubiesen de recurrir á una serie de ficciones que les sirvieron de amparo contra los excesos de los grandes. Para dar fuerza y prestigio á la majestad del trono, se inventó la doc-

trina del derecho divino de los reyes; para proteger á la Iglesia, una serie de supercherias; y para defender á la ciudad, el fuero. Por conveniencia propia, los reyes franceses é ingleses dieron fuerza y privilegios á las ciudades; las cuales á su vez prestaron ayuda á ellos contra sus naturales y constantes enemigos: por esta razón, se da el caso, que monarcas muy impopulares, otorgaron las más amplias franquicias y derechos. Si los reyes, la Iglesia y la clase media se hubiesen unido sinceramente contra el fraude y la usurpación de los nobles, la victoria hubiese coronado sus esfuerzos; pero la alianza de lo que podíamos llamar clase conservadora, no fué completa, ni menos duradera. Los reyes y la Iglesia vivieron en guerra constante ¹; hasta que, al fin, quedó ésta reducida á la condición de instrumento voluntario del despotismo. Entonces, cuando los monarcas redujeron á los nobles, sirviéndose de la Iglesia como auxiliar, comenzaron á saquear y perseguir al pueblo, que les ayudó á dominar á los otros dos.

En los Países Bajos, no había reyes á la sazón, ni siquiera un señor soberano: solamente una hueste de tiranos, en lucha constante unos con otros, para mantener sus feudos y perpetuar sus abusos, único medio de existencia que conocían. Á falta de verdadera historia, dice Milton, la de aquellos tiempos en los Países Bajos, no era otra cosa que algo parecido á la querrela de los milanos y las cornejas.

¹ El obispo Graciano decía con tono firme al rey Enrique de Inglaterra: «Señor, déjate de amenazas porque venimos de una corte acostumbrada á mandar á emperadores y reyes. *Domine, noli minari, nos enim nullas minas timemus, quia de tali curia sumus, quæ consuevit imperare imperatoribus et regibus.* S. Thome Cantuar. Ep. par. 1.º, lib. III.

II

ORIGEN DE LAS CIUDADES

Las instituciones municipales del Imperio romano, sobrevivieron en muchos pueblos á la misma Roma. Aun subsisten ciudades cuyos privilegios y libertades resistieron las bárbaras invasiones de los Hunos, Godos, Francos y Sajones, conservando, á través de los siglos, su autonomía constantemente garantida por la concesión de nuevas cartas y fueros. Estas ciudades fueron numerosas al Sur de Francia; existieron en Italia, campo de batalla de invasores rivales, y continuaron en el Rhin. Marsella y Nimes en Francia; Milán y Pisa, en Italia; Coblenza, Bonn y Colonia, en el Rhin, no perdieron por completo sus libertades locales, aunque aparentemente parecían débiles y sin energía. Entre las ciudades de la Bretaña romana, algunas subsistieron durante los tiempos tenebrosos de la conquista sajona: Londres debe ser una de ellas, y tal vez York al Norte y Exeter al Oeste.

No pueden seguirse las huellas de las ciudades modernas de los Países Bajos, con anterioridad al Imperio romano. Tampoco los Belgas y Bátavos fueron colonizados, como otros países pertenecientes á aquel Imperio. Por esta razón, los fueros de las ciudades